

Galdós, una pasión viajera

LEONARDO ROMERO TOBAR

Este mes se cumplen cien años de la muerte de uno de los novelistas más importantes de la literatura española. Sus recorridos por la península sirvieron de inspiración para su narrativa.

DESDE EL AÑO 1862, en el que el joven Benito Pérez Galdós (1843-1920) embarcaba en Las Palmas para dirigirse a la península e instalarse en Madrid como estudiante universitario, los viajes del escritor canario ocuparán una parte importante de su existencia. Viajes que respondían a diversas motivaciones y, por supuesto, recorrían diversos espacios geográficos, especialmente los que lo conducían desde Madrid a Santander, que había conocido en 1871 y que sería su otra ciudad de residencia, al París artístico y brillante que le permitió adquirir textos literarios que desde mediados del siglo estaban transformando las que habían sido fórmulas establecidas en la creación artística y, por supuesto, a otras ciudades españolas como el simbólico Toledo, tan esencial en la Historia de España y que personificará *Ángel Guerra* (1890).

En el tiempo de Galdós los viajes de larga distancia se efectuaban en el moderno medio de transporte que era el ferrocarril, cuyo recorrido permitía ver paisajes muy variados y gentes de muy variada



figura. Impresiones francesas –parisinas, por modo fundamental– reciben algunos de los personajes de las narraciones galdosianas; Londres y otros lugares europeos aparecen también en algunos de sus trabajos (recuérdese que el año 1868 había traducido *The Pickwick papers*) aunque, evidentemente, son los paisajes de España los que recogen intensamente la proyección de sus personajes tanto en los *Episodios nacionales* como en las “Novelas contemporáneas”. Los biógrafos galdosianos han subrayado la actividad viajera y los resultados que muchas de las experiencias por él vividas en estos desplazamientos tuvieron en su obra periodística y, claro está, en sus relatos (véanse las biografías de Carmen Bravo-Villasante, Pedro Ortiz-Armengol, Benito Madariaga de la Campa y la más reciente de Francisco Cánovas Sánchez).

El territorio español por el que se movió con mayor denuedo durante sus viajes en España es el que corresponde al cuadrante nordeste, que implicaba su recorrido desde Madrid, su ciudad de residencia, hasta Santander, la ciudad en la que pasaba largas temporadas desde su viaje del año 1871 en el que conoció al que sería su íntimo colega, José María de Pereda. En aquellos años, en sus viajes se desplazaba algunas

veces sobre caballerías o instalado en carromatos, pero el medio que utilizaba habitualmente era el tren. Sus traslados ferroviarios desde Madrid a Santander suscitaban también su acercamiento a lugares castellanos, a los territorios cántabro y vascongado, a la geografía aragonesa; después de visitar la heroica Zaragoza llegaba hasta Cataluña y su capital Barcelona, donde la industria editorial de su tiempo asentaba uno de sus centros de máxima producción.

Una localidad que ocupa un punto estratégico en las derivaciones en el nordeste peninsular es la villa de Miranda de Ebro, en cuya estación de tren ocurren algunos hechos significativos de sus novelas, como ocurre en el arranque del conflicto vivido por los protagonistas de *Rosalía*. Cantabria le deparaba la ciudad de Santander y algunos de sus pueblos y zonas de gran belleza paisajística que nuestro autor fue describiendo en las crónicas de viaje que tituló *Cuarenta leguas por Cantabria* (1879). Los viajes al Pirineo aragonés –Ansó especialmente– suscitaron, entre otras evocaciones, la pieza teatral *Los condenados* (1894); ciudades castellanas de escenografía arquitectónico-medieval –Toledo, Ávila...– aparecen también en páginas de las *Memorias de un desmemoriado*, y lugares europeos como las ciudades de *Viaje a Italia* (1888) o las más cercanas descritas en *La excursión a Portugal* (1885) se suman a la emoción literaria británica recogida en la serie *La casa de Shakespeare* (1889).

El recorrido ferroviario Madrid-Santander que tantas veces realizó Pérez Galdós implicaba la travesía de varias provincias y lugares castellanos que contemplaba desde la ventanilla del vehículo y que, en ocasiones, le invitaba a realizar un recorrido a pie, experiencias ambas que trasladó al comportamiento de algunos de sus personajes. Con todo, el escritor no solía incluir el nombre de Castilla sin añadir alguna adjetivación negativa como “adusta Castilla”, “¡pobre Castilla!” y comentarios que adelantan la visión conmisericordista de Castilla que ofrecerán los noventayochistas. Esta visión galdosiana fue recibida, sin duda, por sus lectores fieles en proximidad con la que les ofrecían los escritores muy fin de siglo. Así lo hace notar el anónimo redactor de un “Lunes” de *El Imparcial* (28 de mayo de 1906), que en la sección “Actualidad Literaria” de este suplemento publica un suelto titulado “Galdós por tierras de Castilla” en el que se subraya con entusiasmo el espíritu viajero de nuestro incansable autor. Después de haber publicado *La vuelta al mundo en la “Numancia”*, “ha emprendido una excursión por tierra castellana, Simancas, Medina, Tordesillas, Madrigal, nombres de villas y ciudades que evocan largas y brillantes páginas de nuestra historia”.

Algunos paisajes y lugares le resultaban a Galdós especialmente emocionantes, sobre todo cuando super-

ponía a las impresiones del viajero las valoraciones ideológicas de lo que había sido la Historia heroica de la región –citando a héroes medievales como el Cid y Fernán González– o los componentes característicos del que estaba siendo el universo castellanista de los escritores de la llamada “generación del 98”. En el prólogo que escribió para el libro de José María Salaverría *Vieja España (Impresión de Castilla)* sintetiza estas estimaciones al afirmar ya en las primeras líneas del texto que las páginas que él había redactado solo eran “conversación o cambio de apreciaciones entre compañeros de oficio que se encuentran en las tierras castellanas, y de pueblo en pueblo, de ruina en ruina, de soledad en soledad, no se cansan de examinar el duro suelo de donde extrajo todo su jugo la energía hispánica”.

La visión narrativa más completa y sintética de la Castilla simbólica la ofreció Galdós en una novela de sus años de plenitud –*El caballero encantado* (1909)– en la que su protagonista, el aristócrata Carlos de Tarsis, cruel explotador de sus campesinos, es transformado por la Madre (figura simbólica que representa a España) en el proletario Gil que ha de efectuar un peregrinaje por Castilla, a través de sus pequeños pueblos y lugares aureolados por la corona mítica de su heroicidad, como Numancia y Calatañazor, persiguiendo a su amante Cintia en búsqueda de la España profunda que para él personifica Castilla. Al amanecer de un día de su peregrinaje contempla el bello paisaje que le depara la vista del pueblecito de Micereces, “que es el cruce de la cañada real de Burgos con otros caminos pastoriles [...] desde donde Gil veía extenderse hasta lo infinito la llanada de Castilla, inmenso blasón con cuarteles verdes franjeados de bordadura parda, cuarteles de oro con losanges de gules, que eran el rojo de las amapolas” (cap. VII), una brillante metáfora que funde un paisaje natural con la figuración heráldica de la tierra que está recorriendo.

La toponimia historicista que estos lugares sugiere era, por supuesto, exacta en las narraciones románticas –por ejemplo, *El castellano de Cuéllar*– y lo siguió siendo en los relatos históricos posteriores –caso de los *Episodios nacionales*–, pero en las narraciones realistas y naturalistas suele cambiarse por nombres inventados en los que el autor evita implicar datos que los lectores podían relacionar con las localidades en las que ellos estaban enraizados: casos de la Vetusta clariniana, la Marineda de Pardo Bazán o los pueblos próximos al lugar del nacimiento de Valera cuyos narradores muy faulknerianamente se refieren a la cercanía de estos lugares respecto al “pueblo de Pepita Jiménez” en vez de citarlos por su nombre real. Madrid y Barcelona, a la zaga de las grandes capitales de las novelas europeas contemporáneas, sí se identifican en su nombre

real y en el de las calles y barrios por donde transcurren los conflictos inventados en las novelas.

Aunque Galdós comenzó dando el nombre real del lugar inicial de *Rosalía*, ya en las otras primeras novelas acudió al recurso del topónimo ficticio. Pero Madrid es la ciudad que se yergue como el escenario habitual para las tramas de la mayor parte de sus obras, por lo que en la interpretación social y urbana de la capital de España sus novelas son documentos imprescindibles. Algunos personajes pasan cortas estancias en Barcelona –por ejemplo, en *Fortunata y Jacinta*– y esta ciudad solo sirve de escenario al conflicto vivido en *La loca de la casa* (1892).

Burgos, como las otras capitales de provincia castellanas, siempre aparece nombrada por su propio topónimo bien cuando las referencias a hechos históricos obligan a ello, bien cuando los desplazamientos viajeros de los personajes implican una aproximación a la ciudad. Y aunque son abundantes las alusiones a Burgos, Galdós no escribió ninguna obra en la que la urbe cidiana funcione como escenario central de la trama. En las “Novelas contemporáneas” la visión de Burgos es muy similar a la de los *Episodios*, insertada en el recorrido ferroviario que facilita el panorama de conjunto entrevisto desde las ventanillas. Así ocurre en *Rosalía*, cuyos personajes descienden desde Cantabria hasta Madrid contando con la confusión de trenes que sufre don Juan de Gibralfaro y que le obliga a comunicarse telegráficamente con la pareja de Rosalía y Horacio, detenidos en la estación de Pancorbo.

Ahora bien, la visión más intensa de Burgos y sus tierras –con implicaciones, además, en el estado de ánimo de los personajes– aparece en momentos muy destacados de *Fortunata y Jacinta* (1886-1887), narración que pudo ser ideada por Galdós en el curso de su viaje veraniego de 1884. Un momento capital de esta novela en su primera parte es el “Viaje de novios” (título del capítulo V) de Juanito Santa Cruz y Jacinta en mayo de 1871, viaje emprendido nada más terminar la ceremonia y la celebración gastronómica de la boda. El reciente matrimonio toma un tren que lo deja en Burgos, “adonde llegaron a las tres de la mañana, felices y locuaces, riéndose de todo, del frío y de la oscuridad. En el alma de Jacinta, no obstante, las alegrías no excluían un cierto miedo, que a veces era terror”. El recorrido por la ciudad es simultáneo al aprendizaje amoroso de la recién casada pues “al día siguiente, cuando fueron a la catedral, ya bastante tarde, sabía Jacinta una porción de expresiones cariñosas y de íntima confianza de amor que hasta entonces no había pronunciado nunca [...]. En la misma catedral, cuando les quitaba la vista de encima el sacristán que les enseñaba alguna capilla o preciosidad reservada,

los esposos aprovechaban aquel momento para darse besos a escape y a hurtadillas frente a la santidad de los altares consagrados o detrás de la estatua yacente de un sepulcro”.

Las Huelgas y la Cartuja son otros monumentos visitados por los jóvenes que además pasearon por la ciudad –“iban por las alamedas de chopos que hay en Burgos, rectas e inacabables como senderos de pesadilla”– en paseos que abrían la curiosidad de Jacinta por la pungente historia amorosa vivida por su marido y que prefiguraba la temible confesión que Juanito le hará poco después en el curso del recorrido ferroviario que los sitúa en el desfiladero de Pancorbo. Sigue la confesión de su encuentro con la infeliz Fortunata y la llegada del matrimonio a Zaragoza desde donde continuarán su viaje de novios hacia el este de la península –Barcelona, Valencia– para regresar a Madrid desde Andalucía, en un trayecto por el que atraviesan otro desfiladero –el de Despeñaperros–, lugar en el que a Jacinta le “viene la mentira tranquilizante dicha por Juan, tras el planteamiento en regla del drama”, como señala Pedro Ortiz-Armengol, en sus *Apuntaciones para “Fortunata y Jacinta”* (1987).

Este pasaje de *Fortunata y Jacinta* es el texto más extenso y matizado en el que Galdós –quizás por una querencia íntima a las travesías oscuras e inquietantes– sitúa una tensión entre personajes que utilizó también en otros relatos. Ya en *Rosalía*, al separarse los viajeros que van a Madrid, la protagonista pasa por una fase de terror al haberse separado de su padre en un territorio de la provincia de Burgos y según el comentario del narrador “mientras llega el tren descendente, en que nuestro amigo ha de volver a Miranda, corramos nosotros a Pancorbo en la locomotora del pensamiento para ver lo que hacen Rosalía y Horacio Reynolds. [...] Fue preciso que su padre estuviera ausente, para que empezara a pensar en él pintando en su imaginación los peligros que había de correr el pobre viejo, con las angustias que ella pasaría más tarde, cuando tratara de resolver el gran problema de su vida [...]. En la estación de Pancorbo no había dormitorios como es de suponer; mas un mozo les condujo a una de las casas del pueblo, donde hallaron asilo”.

La exaltación religiosa, la admirable perspectiva de la catedral vista desde la lejanía y el temor que suscita el paso por un túnel tan impresionante como el paso de Pancorbo son los elementos más característicos de la visión de Burgos que se ofrece en las novelas galdosianas que confirman el juicio del propio Galdós sobre su pasión viajera. —